

Víctor Giraud

## Las hermanas de los grandes hombres. Enriqueta Renan.

(Conclusión)

**P**OR fin, el 11 de Abril de 1845, animado por estas tiernas advertencias, Ernesto Renan escribe a su hermana la carta decisiva que dará libertad a su espíritu. Verdaderamente, él ha sufrido, pero «se ha consolado, pensando que padecía por su conciencia y por la virtud. La idea de ese Jesús del Evangelio, tan puro, tan ideal, tan sereno, pero tan poco comprendido por los mismos que lo adoran, le servía, sobre todo, de admirable sostén». «Además, declara, jamás llegó a alejarse de su corazón toda la esperanza; y aun *en estos extraños momentos* en que la muerte me parecía ser el único remedio para mis males, ¡y bien!, *aun entonces había en el fondo de mi ser un rincón bastante sereno*». Desde luego, «de acuerdo con los consejos» de Enriqueta, rehusó «llevar adelante» ese año el sub-diaconado. En el hecho, «la carrera eclesiástica ya no le agrada». El único motivo de este cambio de actitud es, «en una sola palabra», que «*él no cree lo bastante*». Desde el día en que su razón ha despertado, ha «emprendido la verificación racional del cristianismo»; y «todo ha debido ceder a la percepción de la verdad».

«Dios me impida decir que el cristianismo es falso... Pero

una cosa es decir que el cristianismo no es falso, y otra, que sea la verdad absoluta, por lo menos para el entendimiento como comprenden los que se dan por sus intérpretes. Lo amaré, lo admiraré siempre... Su moral será siempre mi norma... Sobre todo, Jesús será siempre mi Dios. Pero, cuando descendemos de este cristianismo puro... a toda esta mitología que se derrumba ante la crítica... Enriqueta, perdóname que te diga todo esto \*, no puedo adherir a este pensamiento, y dudo, y no depende de mí ver las cosas de manera distinta que las veo. Y sin embargo, nos dicen que es necesario admitir todo esto, que no se es católico sin esto... Pero todo debe dar paso al deber. Sólo nuestra madre me desgarró el corazón; por este lado no hay salvación».

En lo que se refiere a sus proyectos para el porvenir, Renan era aún algo vago: deseando crearse la posibilidad de un retorno, creía «en conciencia» poder permanecer en el seminario, y recomendaba a su hermana la mayor prudencia en las resoluciones que buscaba para él.

«No podría ser más grande la ternura con que me preocupo por ti, mi Ernesto muy querido, le responde Enriqueta; pero si esto fuera posible, nada habría sido más natural que tu última carta». Y después de hablarle de los propósitos que se ha formado, escribe: «¿Cómo podría, mi querido Ernesto, reprocharte la duda que agita tu pensamiento? *¿No sé, acaso por experiencia, que no somos dueños de rechazar lo que nos sugiere nuestra conciencia, lo que nos inspira el amor de la verdad?*» En el fondo, ella se priva, con notable discreción, de decir nada;

---

\* ¿Será preciso ver en esta palabra fugitiva el delicado escrúpulo de un incrédulo que teme escandalizar a un alma creyente? No lo creo; y mejor que todo lo demás, la ausencia de este sentimiento, tan natural en tal carta, me hace creer que, desde hace tiempo, Renan ha adivinado que su hermana ha perdido la fe, y que es, como él lo dice, «una inteligencia capaz de comprenderlo». Se advertirá también que en esta carta importantísima, no se hace cuestión de las «razones de orden filológico y crítico», que, según Renan, serían las *únicas* que lo habrían separado del cristianismo, sino sólo de las de carácter filosófico. Cuando, en Issy, M. Gottsfrey había dirigido a Renan su apóstrofe apasionado: «¡Usted no es cristiano!», éste aun no había estudiado el hebreo.

pero, no obstante, no resiste a agregar: «Te confieso que, después de lo que he entrevisto, *no puedo creer que logres volver a tu primera manera de pensar*, a tus disposiciones precedentes. Ciertas ideas, cuando han sido puestas en actividad, siempre dejan alguna marca, y *la menor* (ella es quien subraya) de estas marcas, debe bastar, Ernesto mío, para detenerte». Después considera diversas soluciones que puede tomar el problema del porvenir: preceptorado en Alemania o estudios libres en París; y a este respecto, calma los «delicados temores» de su hermano: «Crearle un porvenir, le dice, es el primero de mis pensamientos, mi primer deseo, *el único objeto de todos mis trabajos*; ¿podría, pues, detenerme la consideración de un gasto mínimo, cuando pienso que se trata de toda tu existencia?». En cuanto a su madre, sus cartas prueban que no está «ni sorprendida, ni afectada» por este cambio de orientación: «Como presentía lo que ha sucedido, varias veces le he dicho que era preciso esperar, y ella jamás ha dejado de decirme que ante todo quería verte obrar libremente». «¡Cuánto te agradezco, amigo mío, concluye, *haber escuchado mis palabras* y la voz de tu conciencia, haber rechazado los compromisos que ya habían querido imponerte!» Y diría algo más, si no estuviera «convencida de que el secreto de su correspondencia no es respetado», en lo cual, según el testimonio de su hermano, se equivocaba en absoluto.

Desde este momento, los acontecimientos se precipitan. Está provisionalmente descartada la idea de un preceptorado en Alemania, y de común acuerdo, se admite que Ernesto abandone San Sulpicio y opte a sus grados universitarios. Enriqueta insiste tenazmente para que acepte hacer en París la vida libre del estudiante; insiste ante todo para «reanimar su valor», imprimirle la «determinación», la «energía», la «fuerza de voluntad», para «ponerlo en guardia contra la debilidad»; sus censuras son a veces conmovedoras: «Querría dar a mi palabra el acento persuasivo, *enviarte la voz de mi alma*». Tiene fe en el porvenir de su hermano: «quiere a todo precio que desenvuelva las dotes que la Naturaleza le ha concedido»; en cuanto

depende de ella, le cierra toda posibilidad de regreso: «Te lo repito; *hay ciertos velos que, una vez levantados, ya no se corren más*»; multiplica las más minuciosas recomendaciones prácticas, como una madre que se desvela porque su hijo ha de ingresar al colegio. Verlo «precipitarse en lo irrevocable» sería para ella «un dolor que pesaría sobre toda su existencia». En el fondo de su alma escucharía una voz decirle: «¿Qué has hecho de tu hermano?» Pero se le va a ahorrar semejante dolor, y esto, ella «no sabrá agradecerlo bastante al cielo»: «Doy a Dios, dice, mis más fervientes acciones de gracias, por haber hecho nacer en ti, cuando aun era tiempo, los pensamientos que han determinado tu resolución».

El 10 de Octubre de 1845, frente a la necesidad de dar una respuesta inmediata a Monseñor Affre, que reclama su colaboración para la Escuela de los Carmelitas, Ernesto Renan desciende, «para no volverlos a subir vestido de sotana», los escalones de San Sulpicio. Del hotel vecino de Mlle. Celeste, a donde entró para cambiar su traje, iba a salir un hombre enteramente nuevo.

No tenemos,—y debemos lamentarlo—las cartas que escribió Enriqueta en respuesta a éstas en que su hermano le anunciaba el rápido desenlace del drama de conciencia de que ella había sido confidente y, a su pesar tal vez, la secreta inspiradora. Pero no es difícil representarse la emoción y la alegría con que hubo de acoger esta noticia. Por fin lograba su propósito; la obra capital de su vida comenzaba a cumplirse. Acaso ella no había pretendido deliberadamente,—¡domina tanto lo inconsciente en cada uno de nosotros!—apartar a su hermano del cristianismo; pero, en el hecho, había procedido como si tal fuera el lejano propósito de sus esfuerzos. Por sus previsiones, por sus relicencias, por sus objeciones, por sus discretos consejos de prudencia mundana, por sus sugerencias, por sus estímulos, por sus ruegos apasionados por su ejemplo, en fin, y por toda su actitud moral, en resumen, por los mil sortilegios de una diplomacia femenina tanto más activa cuanto más inocente, llevó y mantuvo al joven seminarista de Issy y de San Sulpicio

en un estado de espíritu cada vez menos favorable a la vocación sacerdotal y a la creencia cristiana. Y seguramente Ernesto Renan, como todos los hombres, no ha sido dominado sino por influencias que estaba destinado a recoger; había entre su hermana y él toda suerte de afinidades electivas, y era muy natural que evolucionara en la misma forma en que ella había evolucionado. Pero es innegable también que una voluntad más fuerte que la suya haya precipitado, estimulado, dirigido su evolución personal, suprimido, aniquilado o roto los obstáculos que la hubieran retardado o quien sabe si detenido en su curso. No podría afirmarse que, sin Enriqueta, Renan habría sido sacerdote y habría continuado en el cristianismo. Y, sin embargo... Alguien, que los conoció muy bien, ha podido decir de Enriqueta: «Ella es quien ha guiado a Renan en su crisis primera y capital, cuando su natural inclinación y la cualidad de su temperamento tal vez no le habrían conducido a desprenderse completamente de las sugerencias poderosas de la disciplina clerical». Es difícil no suscribir este testimonio de Marcelino Berthelot.

Podemos creer, pues, que Renan se forja singulares objeciones cuando escribe: «Había avanzado mucho en mis estudios filológicos; mis opiniones religiosas se hallaban seriamente quebrantadas. Enriqueta fué también mi apoyo en este caso. Ella me había dejado atrás en el camino; sus creencias católicas habían desaparecido por completo; pero se había guardado siempre de ejercer sobre mí ninguna influencia a este respecto. Cuando le hice saber las dudas que me atormentaban, y que me imponían el deber de abandonar una carrera que exige la fe absoluta, *se alegró excesivamente* y me ofreció hacerme fácil este difícil tránsito». Que ella se haya «alegrado» por la decisión de su hermano, es por demás cierto; pero que se haya guardado siempre de ejercer sobre él ninguna influencia», es una leyenda que no ofrece más consistencia que la que atribuye no ya a la «filosofía», sino a la sola «filología» el derrumbamiento de las creencias de Renan: los hechos y los textos prueban precisamente lo contrario.

Ya fuera de San Sulpicio, entregado por entero a la enorme labor que exigía la preparación de sus exámenes universitarios, Renan asocia permanentemente a su hermana a todos los grandes y pequeños hechos de su nueva vida, y es para ella una alegría de todos los instantes ver cómo este hermano querido entra por fin en el camino que ella ha soñado siempre. «No ha pasado un día sin que me haya sentido más feliz por el acuerdo que hay entre tu pensamiento y el mío en lo que toca a tu carrera y a los medios de hacerla. Esto me prueba, mi buen amigo, que ni uno ni otro nos equivocamos». Sigue todas sus resoluciones, aplaude todos sus éxitos con el anhelo apasionado y orgulloso de la más solícita de las madres. Cuando es admitido en la agregación de filosofía, su corazón desborda del más ardiente lirismo, y, para expresarlo, vuelve a encontrar el mismo lenguaje de su juventud religiosa: «Lleno el corazón de tu pensamiento y de la más dulce emoción, no puedo, en las dos horas que releo tu carta, sino derramar lágrimas de alegría, agradecer a Dios los bienes que te concede, ofrecerte interiormente todo lo que la más viva ternura puede inspirar como satisfacción y casi como reconocimiento... ¡Ah, que el cielo te conceda siempre tales retribuciones! Creo que hoy es el mejor ruego que podría hacerle. ¡Qué feliz va a ser nuestra anciana madre!... ¡Gracias, Dios mío, por haberme concedido algunas alegrías! ¡Gracias sobre todo por haber elegido a mi Ernesto tan querido, para ser portador de ellas! ¡Oh!, ¿por qué he de estar sola en la noche de hoy?».

A decir verdad, estas expresiones tan religiosas no deben sorprender en ella. Si había terminado por repudiar el catolicismo, Enriqueta Renan había conservado por él cierta inclinación. Protestantismo liberal o deísmo, ¿cómo podría denominarse la religión simplificada que se había formado para su uso personal? Es lo que sería, sin duda, harto difícil de precisar. El hecho es que, en las circunstancias importantes de la vida privada o pública, su pensamiento, con toda naturalidad, se inclina a las concepciones que el cristianismo ha popularizado. Por ejemplo, los acontecimientos de 1848 que, en el fondo de

su Polonia, le dan la impresión de un cataclismo universal, le inspiran los pronósticos más sombríos: «Espero, escribe, que gracias al cielo, no será necesario llegar a esto; se lo pido a Dios con todas las fuerzas de mi alma.... No puedo creer, no puedo admitir que la humanidad se guíe por sí misma, que no haya una fuerza superior que la mueva y la obligue a actuar. Esperemos, pues, en esta mano divina que tantas veces nos ha sido propicia.»

Mientras tanto, el rudo clima polaco probaba cada vez más la salud de Enriqueta. En 1850, mientras su hermano, encargado de una misión ministerial, viajaba maravillado por Italia, una afección de la laringe de que padecía desde hacía algún tiempo tomó repentinamente el carácter de alarmente gravedad. Fué a hacerse cuidar a Varsovia; y desde allí, creyéndose sin duda perdida escribió a «su muy querido» algunas cartas infinitamente conmovedoras de pasión fraternal: «Amigo, amigo, ten valor al leer estas tristes líneas. Espero, ¡oh, espero! que el cielo conservará a tu vieja amiga, a la que siempre te ha amado con tanta ternura.... *Con las manos juntas, mi idolo*, te suplico que soportes valerosamente mi destino; todo no ha sido en él rigores: ¡te he querido tan apasionadamente!... Noche y día converso contigo en mi corazón y mi pensamiento. En medio de mi soledad, soledad sin igual, no me aparto un instante de tu recuerdo, y *cogiéndote idealmente la mano*, sufro los dolorosos remedios que se emplean contra mi mal...» «¡Oh, hermano mío, *mi alma*, mi bien más querido de la tierra, ten valor, aunque suceda cualquier cosa, pero cree sobre todo que es por ti por quien me ligo a la vida.» «Querría, mi hermano muy querido, no perturbar tu porvenir; pero sobre todo, sobre todo, deseo verte a ver. ¿Qué será de mí después? No lo sé, mi pobre amigo. *Tú serás mi Providencia mientras esté en la tierra*. ¡Ah!, Dios sabe que mi mayor temor en medio de mis sufrimientos es serte gravosa en tu juventud.» «Con la más viva insistencia, mi querido amigo, te pido que lo que sufro no cambie en nada tus fines ni tus proyectos. Tengo fe en tu porvenir; *que sea o no testigo de él, es hoy el todo para mí, Te su-*

*plico, pues, con toda mi alma no considerarme para nada; esto sería causarme el más grande de los dolores*. Conmovido por estas cartas, en que la pobre Enriqueta ha puesto toda la ternura y la consagración que un alma de mujer puede dedicar a otro ser, Ernesto Renan decidió que terminara el destierro de su hermana; irá a encontrarla en Alemania para retornarla a Francia. «Su deber, por lo demás, nos dice él, había terminado; las deudas de nuestro padre estaban totalmente extinguidas, las pequeñas propiedades que nos había dejado se encontraban, libres de toda carga, en poder de nuestra madre; mi hermana había conquistado por su trabajo una posición que prometía la riqueza.» El 1.º de Agosto de 1850 él estaba en Berlín. Algunos días más tarde, su hermana estaba con él. La condujo a París, y ambos se instalaron en un pequeño departamento al fondo de un jardín, en la calle Val de Grace, 9. La valiente mujer iba a cumplir los cuarenta años: llegaba por fin a la tierra prometida.

### III

«Estos diez años de destierro la habían transformado por completo. Las arrugas de la vejez se habían impreso prematuramente sobre su frente; del encanto que aun tenía cuando me dijo adiós en el locutorio del seminario de Saint Nicolas, no le quedaba sino la deliciosa expresión de su bondad inefable.» Así habla Renan, y no nos cuesta trabajo creerle. Ha descrito con una gracia incomparable y un extraño acento de emoción estos gratos y fecundos años de la vida común, cuyo recuerdo aun le arrancaba lágrimas. Lo que él no ha dicho y lo que adivinamos a través de sus cartas y de los «fragmentos íntimos y novelescos» que se han publicado, es que su casta y laboriosa juventud se abría desde hacía algún tiempo a aspiraciones menos austeras; imágenes de mujeres poblaban sus sueños, y en páginas de una poesía un poco ingenua se complacía en evocarlas; las cosas del amor le turbaban deliciosamente y su imaginación se recreaba en ellas complacida. Enriqueta ha venido a purificar lo que había tal vez



de algo malsano en estos ensueños solitarios. Ella trajo a su hermano lo que, en su triste habitación de estudiante, vagamente aspiraba. Al rededor de su pensamiento, reconstituyó el cálido ambiente familiar. Fué la serena sonrisa femenina de sus años de estudios.

En Abril de 1851 Renan había sido nombrado supernumerario de la Biblioteca Nacional, con una remuneración de cinco francos diarios. Enriqueta dirigía la casa, y, gracias a sus prodigios de economía, nada faltó jamás allí. Evitó formarse relaciones: su hermano le bastaba. Arregló su vida de acuerdo con la de las Carmelitas vecinas cuyo jardín veía a través de sus ventanas; escribía, ocultándose con un seudónimo, algunos artículos para el *Diario de los jóvenes*; copiaba—¡con qué tierna minuciosidad!—los manuscritos de Ernesto. Cuando éste volvía de la Biblioteca y se ponía a! trabajo, ella permanecía literalmente en el estado de espíritu del creyente que ve realizarse bajo sus miradas algún misterio sagrado. «La he visto, nos dice Renan, por la noche, horas y horas a mi lado, conteniendo la respiración para no interrumpirme; mientras tanto quería verme, y siempre la puerta que comunicaba nuestras habitaciones estuvo abierta. Sus ideas, si hemos de creerle, se desenvolvían «tan al unísono» que apenas tenían necesidad de comunicárselas. «Nuestras consideraciones generales sobre el mundo y sobre Dios eran idénticas, agrega. No había aspecto, por delicado que fuera, en mis teorías de aquella época, que ella no comprendiera. En varios puntos de historia moderna, ella había estudiado en las fuentes, y me aventajaba.» En esto, no sé si Renan exagera en parte la originalidad intelectual de Enriqueta; y talvez ella no habría hecho eco tan armonioso a su propio pensamiento, si anteriormente no hubiera sufrido intensamente su influencia. Era muy natural que después de haber influido muy profundamente en las ideas y el destino de su hermano, ella se afiliara espontáneamente a su escuela y se penetrara de su filosofía. Según el testimonio de este último, fué durante el viaje a Italia que hizo con la familia Zamoyikia en la primavera de 1846, cuando se completó su evolución personal. Roma, que

ella llamaba con Byron, «la amada ciudad del alma», y a la cual perdonaba «los detalles insustanciales y pueriles» que llevaba consigo la institución del papado, Roma la había fascinado. «Esta ciudad, tan profundamente dominadora, la llevó a concebir con mucha serenidad la separación que todo espíritu filosófico se ve obligado a hacer entre el fondo de la religión y sus formas particulares.» Poco a poco, su religión había llegado al «último grado de depuración», y talvez de inconsecuencia, «Rechazaba absolutamente lo sobrenatural, pero conservaba una elevada adhesión al cristianismo», y no sólo al cristianismo, sino al catolicismo, de que conservaba un «recuerdo encantador». «No deseaba que se redujera la religión a una mera abstracción.... Me detenía en la pendiente de las fórmulas de un Dios inconsciente y de una inmortalidad puramente ideal a la que yo me dejaba arrastrar». En la práctica, todo esto, a sus ojos, se armonizaba, se esclarecía; hacer el mayor bien posible era su divisa. En una palabra, «era una santa, menos en lo que toca a la fe precisa en el símbolo y a las estrechas observancias», Tal era, si es preciso creer a su hermano, el «renanismo» de Enriqueta Renan.

Tenía un sentimiento muy vivo de la naturaleza y del arte; pero el arte idealista llevaba todas sus preferencias: la brutalidad, la violencia, la desagradaban soberanamente. Fué ella quien reunió con admirable conciencia los materiales del Discurso sobre el estado de las bellas artes en el siglo XIV, y casi siempre su hermano no tuvo sino adoptar los resultados que sus investigaciones le sugerían. Con este motivo, hicieron juntos un interesante viaje al país que fué la cuna del arte gótico, Valois, Beauvaisis, la región de Reims. Estos trabajos la apasionaban y desplegaba en ellos una admirable actividad. *In angello, cum libello*; se complacía en repelir esta frase de Tomás de Kempis. Y no se conformaba de ser para Ernesto «un secretario incomparable»; fué para él el más valioso de los críticos. La debe mucho en lo que toca al estilo. A este respecto, los ensayos que había compuesto lejos de ella le parecieron, cuando ella los vió, bastante defectuosos: «descubrió en ellos rasgos excesivos, tonos duros, una forma muy poco respetuosa de considerar la len-

gua». La manera de escribir que ella tenía, inspirada en los grandes maestros de otro tiempos, y que se transparentaba sobre todo en sus cartas, era la precisión y la pureza misma. Convenció a su hermano de que «puede decirse todo en el estilo simple y correcto de los buenos autores, y que las expresiones nuevas, las imágenes violentas, vienen siempre de una pretensión impropia o de la ignorancia de nuestras riquezas reales». Renán se sometió a esta disciplina, haciéndola leer como prueba lo que escribía, aventurando ciertos rasgos para ofrecérselos como ensayos, sacrificando sin piedad todo lo que la desagradaba. «Todo me predisponía al romanticismo del alma y de la imaginación», ha dicho muy justamente de sí mismo; Enriqueta dominó este «romanticismo moral»; lo encerró en una forma clásica.

En otro punto prestó un gran servicio a su hermano. Como era muy buena y caritativa, detestaba la burla, la malignidad, el sarcasmo. «Un rasgo que la hirió en mis escritos, fué un sentimiento de ironía que me obsesionaba y que yo mezclaba a las cosas mejores... Esta costumbre la hería y yo se la sacrificué poco a poco». ¡Quisiera Dios que se la sacrificara por entero! No nos sentiríamos molestos a nuestra vez por esa perpetua sonrisa que nos agría tantas páginas entre las mejores del autor de *El Anticristo* y que, queremos creerlo, habrían hecho sufrir a su hermana si hubiese podido conocerlas.

Con todo esto, en esta vida modesta, obscura, laboriosa y útil que le agradaba y que ella amaba, al lado y como a la sombra de este hermano adorado que se absorbía por entero en su obra, ¿era ella feliz, enteramente feliz? ¿No tenía ningún pesar? ¿Estaban satisfechos todos sus deseos? Renán nos dice que ella, «tan exigente en su corazón, tan celosa, se contentaba con algunos minutos del día, siempre que estuviera segura de ser la única en su espíritu». Pero en otro pasaje se pregunta si ha hecho «todo lo que ha estado en su poder para asegurar su felicidad», y se reprocha «no haber sido con ella bastante expansivo, haber cedido demasiado a su inclinación por la concentración taciturna». ¿Será necesario acusar de esta disposición sólo a «su larga educación clerical» y «a un impropio

sentimiento de respeto que le hacía evitar todo lo que hubiera parecido una profanación de su santidad? Son estas explicaciones harlo sutiles. Hay algunas cartas de Enriqueta a Berthelot —quien «mostraba un corazón de mujer en sus afectos» y se quejaba también de ciertas negligencias—que no dejan de ser inquietantes: «El dolor que usted siente, dice ella, también *lo he sentido yo muy a menudo, oh, muy a menudo*. He dicho con frecuencia: «Sus ambiciones le preocupan más que sus afectos, y sus afectos nuevos, más que los antiguos... Parece capaz de todo por los que ama, excepto de consagrarles algunos instantes...» Y en otra ocasión: «Usted y yo, señor, buscamos en él a alguien que ya no existe, el amigo para quien éramos el primero de los pensamientos, los primeros confidentes y en cuya alma nos habíamos habituado a leer sin testigos ni intérpretes. Usted y yo hemos permanecido los mismos, mientras él se ha metamorfoseado por completo, y queremos hallar en él lo que ya no es más que un fantasma o un recuerdo». ¿Era demasiado exigente Enriqueta? ¿O bien es preciso admitir que en la realidad cotidiana de este mutuo afecto fraternal, ella ha dado más de lo recibido?

Es que, a decir verdad, por buena y consagrada que ella fuera, cada vez bastaba menos a su hermano. Por más que amaba la vida y se unía a ella casi sonriente; por más que a veces, con «encantadora actitud de mujer», «volvía a ser una muchacha» y a dejarse arrastrar por «deliciosas debilidades»: había sufrido y padecido mucho; «acogía, cultivaba casi cualquier motivo de llanto»; había entre ella y el mundo una verdadera «pantalla», y a menudo mostraba «algo rígido y torpe» en los ademanes. «*Había envejecido antes de tiempo*, y tenía por costumbre exagerar aún más su edad por la manera de vestirse y por sus modales». En una palabra, la juventud de Ernesto Renán reclamaba sus derechos. Enriqueta se había dado cuenta de esto muy espontáneamente. Desde los primeros tiempos de su nueva unión, había insistido mucho en que su hermano contrajera matrimonio; volvía a menudo sobre este punto, y aun trató con un amigo, contra la voluntad del interesado,

un proyecto de unión que no llegó a realizarse. Conozco otro proyecto que fracasó igualmente, en que ella fué el actor principal. Evidentemente, habría querido dar a su hermano una mujer que ella misma hubiera escogido habría deseado que él la debiera su felicidad. Las cosas ocurrieron de manera muy distinta. Engañado por el aparente desinterés de Enriqueta, Renán, con esa extremada ingenuidad con que encaraba los asuntos de orden práctico—y aun de orden intelectual,—creyó poder escoger impunemente la mujer que le convenía. Enriqueta fué herida en el corazón. «Deseaba ardientemente, escribe muy bien Renán, el cáliz amargo que sus propias manos habían preparado; dudó sin embargo ante aquel que yo le ofrecía, aunque hubiese puesto yo todo mi arte para hacérselo más dulce». Hubo escenas violentas de desesperación; se cambiaron ardientes reproches. «Fueron para nosotros días harto amargos. Atravesamos todo lo que puede haber de tempestuoso en el amor». Enriqueta no podía, por otra parte, hacer valer la menor objeción contra la unión soñada por su hermano, y Mlle. Cornelia Scheffer pronto comenzó a serle muy simpática. Pero ¿razona un corazón apasionado lleno de un solo sentimiento? Cansado de la lucha, Renán tomó el partido de «sacrificarlo todo al afecto más antiguo, a aquel que se aproximaba más al deber». Un brusco cambio se produjo en la desgraciada mujer. «Corrió a casa de Mlle. Scheffer; pasaba largas horas con mi novia; lloraron juntas y se separaron felices y ya amigas». Se mantuvo la vida en común; sin las economías de Enriqueta, por otra parte, no habría podido establecerse la joven pareja; y ya que Renán nos confiesa que la «inocencia» de aquella conducta no fué comprendida por él sino mucho después, debemos dar fe a su palabra.

Como era de prever, hubo aún, en este interior algo paradójal, muchas tormentas, muchas vueltas ofensivas de celos femeninos, seguidas de lágrimas y arrepentimientos. La amabilidad, la alegre serenidad de la joven terminaron por tranquilizarlo todo: «llegamos a abrazarnos los tres juntos». Sobre todo el nacimiento de un niño fué, para la pobre Enriqueta, la tranquilidad suprema. «Tuvo para este pequeño ser una adoración casi

religiosa». La muerte, al cabo de algunos meses, de una niña que vino en seguida, le dió ocasión para ejercitar todos los recursos consoladores de su alma. Muy amada por su hermana política, feliz y orgullosa por la notoriedad creciente de su hermano, que, a los treinta y cuatro años, ingresaba al Instituto, se consideraba útil y casi necesaria, envejecía apaciblemente entre estos tres seres que cuidaba.

En Mayo de 1860 el Emperador ofreció a Renan una comisión científica en la antigua Fenicia. Tan liberal como era, Enriqueta insistió mucho para que su hermano aceptara. Ella debía acompañarle; su colaboración, su atención de las cuestiones prácticas, le eran, según él, indispensables. Tan contenta como debió estar en el fondo por tener a su Ernesto sólo para sí, le costó algún sufrimiento abandonar al querido y pequeño Ary, y se preguntó a veces si volvería a verle. La joven Mme. Renan debía unirse a su marido un poco más tarde, si esto era posible. Renan y su hermana llegaron a Beyruth hacia fines de Octubre. Enriqueta hizo casi todas las expediciones, sin dejarse intimidar por las molestias de los caminos difíciles, ni por las privaciones de todo género, escalando sin arredrarse a lo largo de horribles precipicios, haciendo ocho o diez horas de marcha por día. Sostenida por una indomable voluntad, resistía su débil salud, no sin una violenta tensión nerviosa que le acarrea atroces neuralgias. Dos o tres veces, en pleno desierto, su estado inspiró a sus compañeros las más vivas inquietudes. Su valor la permitía levantarse nuevamente.

Por lo demás, este viaje le procuró profundas alegrías. «Fué, dice Renán, el único año sin lágrimas, y acaso la sola recompensa de su vida». Sin lágrimas es tal vez mucho decir: Enriqueta vió venir en Enero de 1861, y parece que sin alegría, a su cuñada; habló de «volver a Francia»; observó también que su hermano, demasiado absorbido por sus investigaciones, olvidaba en parte su presencia y «concedía más tiempo al general y al pachá que a la vieja amiga que había abandonado todo para seguirlo en aquellos parajes lejanos». Pero, en fin, tuvo deliciosas compensaciones. El clima y el aspecto de Siria, que en

otoño y en primavera cobran maravilloso encanto, la atraieron intensamente. Sintió cariño por los maronitas, y le agradaron infinitamente las ciudades de Amschit y de Sarba. Pero sobre todo su viaje a Palestina fué para ella una fuente de emociones incomparables. Cuando vió por primera vez la región del alto Jordán y del lejano lago de Genezaret, «me dió sus agradecimientos, dice Renan, y me dijo que yo le había retribuído el precio de toda su vida al mostrarle esos lugares». Jerusalén, el Carmelo, Galilea, ¿cómo pudiera no haberselo sentido en esos lugares llenos de alma, como transportada a otro universo?

Llegó Julio; Mme. Renan había debido regresar a Francia; las excavaciones estaban terminadas; el ejército francés había evacuado Siria. Renan, que deseaba visitar el alto Líbano, y preparar para el Otoño una última excursión a Chipre, decidió permanecer algún tiempo más. En esta época de terribles calores era una grave imprudencia. Enriqueta padeció mucho con la residencia en el Líbano; fué atacada de terribles dolores nerviosos; su ojo izquierdo estaba afectado. En cuanto pudo cabalgar, volvieron a Amschit. Pero el calor era sofocante. Volvieron a subir hasta Ghazir, «uno de los más bellos lugares del mundo», situado a grande altura sobre el mar, en el fondo de una bahía deliciosa. Allí, en una casita provista de una hermosa parra, Renan y su hermana pudieron alcanzar algunos días de reposo. A los quince días, los agudos sufrimientos de Enriqueta se calmaron. Con las intensas impresiones de su viaje por Palestina, tuvo Renan la idea de aprovechar el descanso que había podido procurarse para «escribir su *Vida de Jesús*, tal como la concibiera en Galilea y en el país de Sour»: «este grueso fragmento en cartera», pensaba, «iba a ser toda su fuerza», y con tal que le fuera permitido publicarlo a su hora, había llegado a «despreocuparse de todo lo demás». «¡Horas deliciosas y muy pronto desvanecidas, escribe, oh, que la eternidad os vuelva a reunir. De la mañana a la noche, *estaba como embriagado por el pensamiento que se desenvolvía ante mis miradas*. Con él me adormecía, y el primer rayo de sol que brillaba detrás de la montaña me lo hacía más claro y más vivo

que la víspera». Enriqueta, confidente de este trabajo por el cual se interesaba apasionadamente—¿no era acaso, en gran parte, obra suya?—volvía a copiar estas páginas apenas escritas; en la noche, sobre la terraza, bajo la claridad de las estrellas, insinuaba sus reflexiones, tan finas y penetrantes, que muchas de ellas fueron para su hermano verdaderas «revelaciones»: «Amaré este libro, me decía, en primer lugar porque lo hemos escrito juntos, y también porque me agrada». Era dichosa; pero sus sufrimientos volvían a veces, arrancándole algunas quejas.

A principios de Septiembre hubieron de bajar nuevamente a Beyruth; las noches eran deliciosas; Enriqueta hablaba a menudo del regreso, de la alegría que tendría al abrazar nuevamente al pequeño Ary y a su anciana madre, y este pensamiento la traía a todos sus recuerdos de familia. La posibilidad de ir a buscar ocho días de reposo a Amschit, los hizo encaminarse hacia allá el Lunes 16 de Septiembre. Al día siguiente, Enriqueta se sintió algo mal; sin ninguna inquietud, Renán se había dedicado nuevamente con pasión a su *Vida de Jesús*. El Miércoles el mal se agravó; animado por el cirujano del *Catón*, Renán pudo bajar el Jueves a la rada de Gebel. Al regresar, se sintió herido a su vez. El médico no supo diagnosticar la fiebre perniciosa que padecían. El Viernes y el Sábado fueron días muy horribles. Enriqueta tuvo el presentimiento de su fin, dictó algunas disposiciones testamentarias, tuvo algunos recuerdos para todos. «Te he amado mucho, dijo a su hermano; alguna vez mi afecto te causó pesares; he sido injusta, egoísta; pero es que te he amado como ya no se ama, *acaso como no debe amarse.*»

El Domingo por la noche ambos quedaron sin conocimiento. Los socorros no pudieron llegar sino el Lunes por la mañana. Era demasiado tarde para Enriqueta. Expiró el Martes 24 de Septiembre a las tres de la mañana. Llamado en los últimos momentos, el cura maronita la ungió según su rito. Renan no recobró alguna conciencia sino una hora antes de esta muerte. No volvió a ver a su hermana: se le condujo en una camilla



a Beyruth, y sólo dos días después tuvo plena conciencia de la pérdida que había sufrido. Un amigo, el doctor Gaillardot, veló en los funerales. El cuerpo de Enriqueta fué depositado en la bóveda de Mikhael Tobia, situada en el extremo de la ciudad, próxima a una hermosa capilla: ahí reposa todavía. Ninguna inscripción. «Con mis ahorros, había dicho a su hermano, quiero que hagas una sepultura de familia; es preciso que nos acerquemos, que estemos próximos unos de otros». Su último deseo no ha sido ejecutado.

En el delicado opúsculo que dedicó a la memoria de su hermana Enriqueta, Renan deplora que haya muerto casi sin recompensa. «La hora, agrega, en que se recoge lo que se ha sembrado, en que se descansa para recordar las fatigas y los dolores pasados, no sonó para ella». Es verdad. Pero, por otra parte, su obra estaba terminada, su hermano era lo que siempre deseó ella que llegara a ser; alcanzaba la gloria; se había casado y era feliz; su pensamiento, hijo del suyo, iba a expresarse íntegramente en un libro cuyas páginas ella había leído, copiado, amado y en parte inspirado. Pudo decirse al morir que su vida de duros sacrificios, de alta abnegación, había cumplido su fin, había tenido su secreta significación. No había vivido sino para su hermano, sobre quien había acumulado todas las varias ternuras que un corazón de mujer puede reservar: él reemplazaba al padre que había perdido, al marido que no quiso darse, al hijo que no tendría jamás, y aun al sacerdote que él debió ser y que hasta al separarlo de su camino, su alma bretona veneraba todavía. Era aún algo más para ella este hermano querido con tanto apasionamiento; era su pensamiento profundo realizado, su pensamiento liberado de la santa tutela hereditaria y que se expresaba con la audaz sinceridad que su modestia femenina tal vez habría repudiado en sí misma, pero que en otra persona aprobaba; él era, a su pesar, como el desquite de las largas y severas represiones que su educación religiosa y la organización social habían hecho pesar sobre ella. De aquí esa forma exclusiva y absoluta que había en su afecto fraternal; de aquí los celos, las amarguras, las violencias, las

inquietudes, los remordimientos y el ardor amargado de esta casta pasión que tuvo algunos de los caracteres de la más ardiente pasión amorosa. No estoy seguro de que Renan haya amado a su hermana como ella le amó. Como ocurre casi siempre en estos casos, ambas naturalezas eran a la vez análogas y diferentes. El hermano y la hermana se asemejaban por la forma de su espíritu y de su sensibilidad, pero había en Enriqueta cierta virilidad de pensamiento y de voluntad que faltaba casi por completo a Renan, naturaleza más imaginativa, más receptiva y más femenina. Este sufría fácilmente las influencias de fuera. Entregado a sí mismo, es muy dudoso que hubiese dirigido su carrera y organizado su obra como fué conducido a hacerlo. Enriqueta ha deseado por él. Ha adivinado su genio de escritor; hizo todo lo que estuvo en su mano para asegurar su libre desenvolvimiento; con toda su cálida y sombría ternura, veló sobre el desarrollo laborioso de esta flor magnífica y rara.

Los que aprecian el pensamiento renaniano deben estarle profundamente reconocidos por haberse consagrado hasta la muerte a una obra que consideran buena. Los que, sensibles como cualesquiera otros, al prestigio de la palabra, a la gracia sinuosa, a la sutileza ondulante del pensamiento, no se resignan a «vivir de la sombra de una sombra, del perfume de una copa vacía», éstos podrán lamentar que tanta virtud femenina se haya gastado finalmente en quebrar la copa vacía y en desvanecer el perfume.